

# JOHN SCALZI

EL FIN  
DEL IMPERIO



minotauro

JOHN SCALZI

# El fin del imperio

minotauro

Título original:  
*The Collapsing Empire*

© John Scalzi, 2017  
© Traducción de Simon Saito, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0562-0  
Depósito legal: B. 13.472-2018  
Fotocomposición: Realización Planeta

Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Uno

Cardenia Wu-Patrick apenas se separó del lecho de muerte de su padre Batrin en su última semana de vida. Cuando se le informó de que su estado había superado los límites de la medicina y de que los cuidados paliativos eran lo único que le quedaba, Batrin decidió morir en casa, en su cama favorita. Cardenia, quien sabía desde hacía algún tiempo que el final estaba cerca, había cancelado todos sus compromisos hasta nueva orden y pedido que pusieran un sillón cómodo junto al lecho de su padre.

—¿No tienes nada mejor que hacer que perder el tiempo sentada aquí? —le preguntó socarronamente a su hija, el único vástago que le quedaba vivo, cuando ella se sentó en el sillón al comienzo de su sesión matinal al lado de su padre.

—Ahora mismo no —respondió.

—Lo dudo. Estoy seguro de que cada vez que sales de esta habitación para ir al baño te asedia una masa de funcionarios para pedirte que les firmes un papel o cualquier otra cosa.

—No —repuso Cardenia—. Ahora mismo los asuntos están en manos del comité ejecutivo. Todas las cosas se encuentran en punto muerto en espera del futuro previsible.

—Hasta mi muerte, querrás decir —dijo Batrin.

—Hasta tu muerte.

Batrin rio débilmente, pues así lo hacía todo en este momento de su vida.

—Me temo que eso es muy previsible.

—Intenta no pensarlo —dijo Cardenia.

—Para ti es fácil decirlo. —Ambos se sumieron en un silencio cómodo que se alargó unos segundos, hasta que Batrin hizo una mueca al oír un ruido y se volvió hacia su hija—. ¿Qué es eso?

Cardenialadeó ligeramente la cabeza.

—¿Te refieres a la canción?

—¿Hay alguien cantando?

—Fuera hay una multitud reunida para desearte una pronta recuperación —dijo ella.

Batrin sonrió.

—¿Estás segura de que eso es lo que desean?

Batrin Wu, el padre de Cardenia, era, con el nombre de Attavio VI, emperox del Sacro Imperio de los Estados Interdependientes y de los Gremios Comerciales, rey de Central y de las Naciones Asociadas, jefe de la Iglesia Interdependiente, Sucesor de la Tierra y Padre de Todo, octogésimo séptimo emperox de la Casa de Wu, que se proclamaba descendiente de la emperox profetisa Rachel I, fundadora de la Interdependencia y Salvadora de la Humanidad.

—Estamos seguros —dijo Cardenia.

Se encontraban en Brighton, la residencia imperial en Subcentral, la capital de Central y la residencia favorita de su padre. La sede imperial se hallaba a varios miles de kilómetros a través del pozo gravitatorio de allí, en Xi'an, la vastísima estación espacial que permanecía suspendida sobre la superficie de Central, desde donde se veía como si fuera un gigantesco y brillante plato arrojado a la oscuridad si Subcentral se encontrara en la superficie del planeta. Porque Subcentral, como todas las ciudades del planeta, nació con una voladura con explosivos y una excavación en el subsuelo, y sólo alguna que otra cúpula o estructura con una función muy concreta sobresalía de la superficie. Esas cúpulas asomaban en un perpetuo crepúsculo, esperando un amanecer que el inmóvil planeta nunca ofrecía, y que, en el caso de hacerlo, asaría a los ciudadanos de Central como si fueran patatas en el horno.

Attavio VI odiaba Xi'an y nunca pasaba allí más tiempo que el imprescindible. Y, por supuesto, no tenía intención alguna de mo-

rir en la estación espacial. Brighton era su hogar, y a sus puertas se había congregado alrededor de un millar de personas para desearle una pronta recuperación, vitorearlo y, de vez en cuando, romper a cantar el himno imperial o *¿Qué decís?*, la canción para animar al equipo de fútbol imperial. Cardenia sabía que todas aquellas personas habían sido sometidas a una exhaustiva investigación antes de permitirles acercarse a menos de un kilómetro de la entrada de Brighton, una distancia a la que el emperox podía oír lo que gritaban. A algunas ni siquiera había habido que pagarles para que comparecieran.

—¿A cuántas hemos tenido que pagar? —preguntó Batrin.

—A casi ninguna —respondió Cardenia.

—Yo tuve que pagar a las tres mil personas que acudieron para aclamar a mi madre en su lecho de muerte. Tuve que pagarles un dineral.

—Eres más popular que lo que fue tu madre. —Cardenia no llegó a conocer a su abuela paterna, la emperox Zetian III, pero lo que se contaba de ella era bochornoso.

—Una piedra sería más popular que mi madre —repuso Batrin—. Pero no te engañes, hija mía. Ningún emperox de la Interdependencia ha sido nunca muy popular. No forma parte de los requisitos para ocupar el cargo.

—Tú al menos has sido más popular que la mayoría —señaló Cardenia.

—Por eso sólo has tenido que pagar a una parte de las personas que están ahí fuera.

—Puedo hacer que se vayan, si quieres.

—No me molestan. Ve a ver si aceptan peticiones.

Al rato, Batrin volvió a quedarse dormido. Cuando Cardenia tuvo la certeza de que el sueño de su padre era profundo, se levantó del sillón y se dirigió al despacho privado del emperox, que este le había cedido durante su postración y que muy pronto sería legítimamente suyo. Cuando salió de la habitación de su padre, Cardenia vio que un ejército de profesionales sanitarios encabezado por Qui Drinin, el médico imperial, se abalanzaba sobre él para limpiarlo, comprobar sus constantes vitales y asegurarse de que es-

taba tan cómodo como podría estarlo un paciente que nunca se recuperaría de una enfermedad dolorosa e incurable.

En el despacho encontró a Naffa Dolg, a quien su padre había nombrado recientemente jefa del gabinete imperial. Naffa esperó a que Cardenia llegara a la pequeña nevera del despacho, cogiera un refresco, se sentara, abriera la lata, diera dos sorbos y la dejara sobre el escritorio del emperox.

—Posavasos —dijo Naffa.

—Estarás de broma.

—Ese escritorio perteneció a Turinu II —aseveró Naffa—. Tiene seiscientos cincuenta años. Se lo regaló el padre de Genevieve N'don, que después se convertiría en su esposa...

Cardenia levantó una mano.

—Está bien. —Tiró de un libro encuadernado en piel que también estaba sobre la mesa y puso la lata encima. Luego reparó en la expresión de Naffa—. ¿Qué pasa ahora?

—Oh, nada. Sólo que tu posavasos es la primera edición de los *Comentarios sobre las doctrinas rachelinas* de Chao, lo que significa que tiene casi mil años y un valor incalculable. La sola idea de ponerle encima una lata de refresco probablemente sea una blasfemia de la máxima gravedad.

—¡Oh, por el amor de Dios! —Cardenia tomó otro sorbo de refresco y lo dejó en la alfombra, junto al escritorio—. ¿Contenta? Es decir, a menos que la alfombra también sea de un valor incalculable.

—De hecho...

—¿Estamos de acuerdo en que todo lo que hay en esta habitación, aparte de nosotras dos, probablemente tiene varios cientos de años, fue un regalo que alguno de mis antepasados recibió de algún otro personaje histórico tremendamente famoso y es de un valor incalculable, o por lo menos cuesta más que lo que la mayoría de las personas podría ganar en toda su vida? ¿Hay algo en este despacho que no se ajuste a esa descripción?

Naffa señaló la nevera.

—Creo que eso es un vulgar frigorífico.

Cardenia por fin encontró un posavasos en el escritorio. Recogió la lata de la alfombra y la puso encima de él.

—Seguramente este posavasos es de hace cuatrocientos años y fue un regalo del duque de Fin —dijo, y miró a su ayudante—. No quiero saberlo.

—No te lo diré. —Naffa sacó la tableta.

—Pero lo sabes, ¿verdad?

—El comité ejecutivo te ha presentado algunas peticiones —dijo Naffa, haciendo oídos sordos al último comentario de su jefa.

Cardenia lanzó los brazos al aire.

—¡Cómo no! —El comité ejecutivo estaba formado por tres representantes de los gremios, tres delegados del parlamento y tres arzobispos de la iglesia. En otros tiempos, el comité había sido el enlace directo del emperox con los tres centros de poder de la Interdependencia. Actualmente se encargaba de garantizar el continuismo del gobierno durante estos últimos días del reinado del emperox. Y sus miembros estaban volviendo loca a Cardenia.

—En primer lugar, solicitan que comparezcas en las redes para, y cito textualmente, «aplacar los temores del imperio acerca de la situación de vuestro padre».

—Está muriéndose, y deprisa —dijo Cardenia—. No creo que eso aplaque nada.

—Creo que prefieren algo un poco más esperanzador. Han enviado un discurso para que le echés un vistazo.

—No tiene sentido tranquilizar al imperio. Cuando mi discurso llegue a Fin, mi padre llevará muerto nueve meses. ¡Si sólo Bremen ya está a dos semanas de aquí!

—No olvides Central y Xi'an y las naciones asociadas dentro del sistema. La más lejana está a sólo cinco horas a la velocidad de la luz.

—Ya saben que está muriéndose.

—No se trata de su muerte, sino del continuismo.

—La dinastía Wu lleva mil años en el poder, Naffa. A nadie le preocupa realmente el continuismo.

—No es ese el continuismo que los preocupa. Los inquieta la vida del día a día. Da igual quien sea el nuevo emperox, las cosas siempre cambian. En este sistema hay trescientos millones de súb-



ditos imperiales, Cardenia. Tú eres la sucesora. Saben que la dinastía no va a cambiar. Los preocupa todo lo demás.

—Me parece increíble que te hayas puesto del lado del comité ejecutivo.

—Incluso un reloj parado da bien la hora dos veces al día.

—¿Has leído el discurso?

—Lo he leído. Es horrible.

—¿Vas a reescribirlo?

—Ya lo he hecho.

—¿Qué más?

—Quieren saber si has cambiado de opinión respecto a Amit Nohamapetan.

—¿Mi opinión sobre qué? ¿Sobre verme con él o sobre casarme con él?

—Supongo que tienen la esperanza de que lo primero desemboque en lo segundo.

—Ya lo conozco. Por eso no quiero volver a verlo. Y te aseguro que no pienso convertirme en su esposa.

—El comité ejecutivo, tal vez en previsión de tus reticencias, quiere recordarte que tu hermano, el difunto príncipe heredero, había aceptado casarse con Nadashe Nohamapetan.

—Preferiría casarme con ella que con su hermano.

—En previsión de que dirías eso, el comité ejecutivo quiere recordarte que esa opción seguramente también sería aceptada por todas las partes implicadas.

—¡No voy a casarme con ella! —exclamó Cardenia—. Tampoco me gusta. Son una gente espantosa.

—Son una gente espantosa cuya casa ocupa una posición predominante en los gremios comerciales. Su deseo de alianza con la Casa de Wu proporcionaría al imperio una influencia en los gremios de la que ha carecido en los últimos siglos.

—¿Esas palabras son tuyas o del comité ejecutivo?

—El ochenta por ciento son del comité ejecutivo.

—¿Estás al veinte por ciento en esto? —preguntó Cardenia con una fingida expresión de estupefacción.

—Ese veinte por ciento reconoce que los matrimonios de con-

veniencia son una cosa que les pasa a las personas como tú, que están a punto de convertirse en emperox y que, a pesar de que una dinastía milenaria respalda su credibilidad, necesitan aliados para mantener a raya los gremios.

—Ahora viene cuando me cuentas todas las veces que en los últimos mil años los emperox Wu fueron unos meros títeres en manos de los intereses de los gremios, ¿verdad?

—Ahora es cuando te recuerdo que me elegiste para este cargo no sólo por nuestra amistad personal y mi experiencia en los asuntos de la corte, sino también porque me doctoré en historia de la dinastía Wu y sé más sobre tu familia que tú misma —dijo Naffa—. Pero, claro, si quieres te cuento lo otro.

Cardenia suspiró.

—Pero no estamos en situación de convertirnos en títeres de los gremios.

Naffa se quedó mirando a su jefa sin decir nada.

—Estás tomándome el pelo —dijo Cardenia.

—La Casa de Wu es una familia de comerciantes que tiene el monopolio de la construcción de naves y del armamento militar. Asimismo, el emperox tiene el control militar, no los gremios. Por tanto, para los gremios y para las casas que los controlan sería muy difícil, a corto plazo, hacer un avance en el control de la casa o del imperio. Dicho lo cual, tu padre siempre ha sido muy laxo en el control de las familias de comerciantes y ha permitido que unas cuantas, incluida la Nohamapetan, erijan verdaderos centros de poder sin precedentes en los últimos doscientos años. Por supuesto, dejando al margen la Iglesia, que es en sí misma un centro de poder. Y no te sorprendas cuando todos ellos intenten arañar un poco más de él, porque esperan que seas una emperox pusilánime.

—Gracias —dijo Cardenia con un tono cargado de ironía.

—No es personal. Tu ascenso al trono ha sido inesperado.

—Dímelo a mí.

—Nadie sabe qué pensar de ti.

—Salvo el comité ejecutivo, que me quiere casar.

—No quieren perder la oportunidad de una alianza.

—Una alianza con unas personas espantosas.

—Las personas buenas no suelen llegar al poder.  
—¿Insinúas que yo soy una rareza? —inquirió Cardenia.  
—No recuerdo haber dicho que fueras una buena persona  
—respondió Naffa.

—Se suponía que tú no tendrías que preocuparte por nada de esto  
—le dijo Batrin a su hija unas horas después.

Cardenia había regresado al dormitorio de su padre y estaba sentada en el sillón junto a su cama. El equipo médico que cuidaba de él mientras dormía se había retirado a las habitaciones adyacentes. Volvían a estar a solas, rodeados por toda clase de aparatos médicos.

—Lo sé —repuso Cardenia. Habían tenido esa conversación antes, pero sabía que se iba a repetir.

—Fue tu hermano quien se preparó para todo esto —añadió Batrin.

Cardenia asintió mientras escuchaba la voz monótona de su padre. Su hermano, Rennered Wu, era, en realidad, hermanastro. Hijo de la consorte imperial Glenna Costu, mientras que Cardenia era el fruto de una breve relación entre el emperox y la madre de Cardenia, Hannah, una profesora de lenguas antiguas. Hannah Patrick conoció al emperox cuando le hizo de guía en una visita a la Biblioteca Spode de la Universidad de Subcentral. Los dos mantuvieron una correspondencia sobre temas académicos a partir de entonces, hasta que unos años después de la repentina muerte de la consorte imperial, el emperox obsequió a Hannah Patrick primero con una rara edición del *Qasīdat-ul-Burda* y, a continuación, no mucho tiempo después, y para sorpresa de ambos, con Cardenia.

Rennered ya era el heredero. Y Hannah Patrick, tras una profunda reflexión, decidió que prefería saltar al vacío desde una esclusa que convertirse en un muñeco más la corte imperial. Por tanto, la infancia de Cardenia había transcurrido en un ambiente agradable, pero alejado del boato del poder real. Cardenia era reconocida como hija del emperox y veía a su padre con regularidad, aunque con muy poca frecuencia. A veces, los compañeros de clase se me-

tían con ella y la llamaban «princesa», pero no lo hacían a menudo ni con malicia, porque era una princesa de verdad y su cuerpo de guardaespaldas imperiales era muy susceptible a los desaires.

Su infancia y sus primeros años de edad adulta fueron tan normales como pueden serlo para la hija de la persona más poderosa del universo conocido, lo que quiere decir que no lo fueron mucho, pero lo suficiente para que Cardenia los recordara ahora, con la perspectiva de los años, como lo suficientemente tranquilos. Asistió a la Universidad de Subcentral, se graduó en literatura moderna y pedagogía y luego se planteó seriamente la posibilidad de convertirse en una mecenas profesional de programas e iniciativas relacionadas con el arte destinadas a personas desfavorecidas.

Luego a Rennered le dio por morir en una carrera. Se estrelló contra un muro con su precioso automóvil antiguo durante una carrera de exhibición con pilotos de carreras profesionales, y básicamente acabó decapitado. Cardenia nunca había visto el vídeo del accidente (era su hermano, ¿por qué iba a verlo?), pero sí leyó el informe del forense, en el que, si bien se descartaba un sabotaje, se hacía hincapié en los impecables elementos de seguridad del vehículo y la poca probabilidad de que se produjera un accidente mortal, mucho menos uno que produjera una decapitación.

Cardenia se enteró más tarde de que Rennered tenía previsto hacer público su compromiso matrimonial con Nadashe Nohamapetan durante la subasta benéfica que debía celebrarse después de la carrera.

Su hermano y ella nunca habían tenido una relación muy estrecha (Rennered era un adolescente cuando Cardenia nació y sus círculos íntimos nunca se mezclaron), pero él la había tratado siempre con afecto. De niña idolatraba a su hermanastro y su actitud de donjuán, y según crecía y se daba cuenta de que su hermano cargaba sobre sus hombros con buena parte de la fama que conllevaba ser miembro de la familia imperial que, de hecho, le correspondía a ella, sintió un alivio inconfesado. Rennered parecía disfrutar de esa celebridad de una manera como ella nunca lo habría hecho.

Rennered murió y de repente el imperio necesitó otro heredero.

—¿Estás escuchándome? —dijo Batrin.

—Perdona, papá. Estaba pensando en Rennered. Ojalá estuviera aquí.

—Ojalá. Aunque quizá cada uno lo desee por razones distintas.

—Preferiría que él fuera tu sucesor. Mucha gente lo preferiría.

—Eso es cierto, hija mía. Pero, Cardenia, escúchame. Yo no lamento que tú vayas a sucederme.

—Gracias.

—Te soy sincero. Rennered habría sido un emperox estupendo. Había nacido para ello, como yo. Tú, no. Pero eso no es malo.

—Yo sí creo que es malo. No sé qué voy a hacer —confesó Cardenia.

—Ninguno de nosotros sabría qué hacer —repuso Batrin—. La diferencia es que tú eres consciente de ello. Si Rennered estuviera aquí, sentiría la misma incertidumbre que tú, pero estaría mucho más seguro de sí mismo. Por eso se habría dado de bruces con la realidad nada más ser coronado, como me pasó a mí, y como le pasó a mi madre, y a mi abuelo. Tal vez tú rompas la tradición familiar.

Cardenia sonrió.

Batrinladeó levemente la cabeza.

—Todavía no sabes qué pensar de mí, ¿eh?

—Sí —admitió Cardenia—. Me alegra que nos hayamos conocido mejor estos últimos meses, pero... —abrió los brazos con las palmas de las manos vueltas hacia arriba— ¡todo lo demás!

Batrinsonrió.

—Te gustaría conocer bien a tu padre, pero tienes que concentrarte en prepararte para gobernar el universo.

—Suena ridículo, pero sí.

—Es culpa mía. Ya sabes que fuiste un accidente. Al menos por mi parte. —Cardenia asintió con la cabeza—. Todos, incluida tu madre, me dijeron que sería mejor mantenerte alejada de mí. Y yo no me opuse.

—Lo sé, y nunca te lo he reprochado.

—No, no lo has hecho, y me reconocerás que eso es raro —dijo Batrin.

—No sé qué quieres decir.

—Eres una princesa con todas las de la ley, pero no has vivido como tal. Creo que la mayoría de las personas, si se hubieran encontrado en tu situación, habrían desarrollado cierto resentimiento.

Cardenia se encogió de hombros.

—Me ha gustado mantenerme casi siempre al margen. Cuando tenía ocho años sí que me molestaba un poco. Pero cuando crecí lo bastante para saber qué significaba ser princesa, me alegré de haberme ahorrado buena parte de esas cosas.

—Al final has caído en sus redes.

—Sí —dijo Cardenia.

—Sigues sin querer ser emperox, ¿verdad?

—Preferiría que hubieras concedido ese honor a un primo, a un sobrino o a cualquier otra persona.

—Si Rennered se hubiera casado antes y hubiese tenido un hijo, tu problema estaría resuelto. Pero no lo hizo. Y, de todos modos, de haberse casado con esa mujer de la familia Nohamapetan y engendrado a un heredero, ella habría sido regente. Y la idea de que llevara todos los asuntos sin el control de nadie me parece terrible.

—Tú lo obligaste a casarse con ella.

—Política. Supongo que ya están presionándote para que te cases con el hermano.

—Sí.

—Es políticamente ventajoso.

—¿Quieres que me case con él?

Batrin tuvo un acceso de tos. Cardenia llenó un vaso de agua y se lo acercó a los labios para que bebiera.

—Gracias. Y no. Nadashe Nohamapetan es mala y despiadada, pero Rennered tampoco era inocente. En ese sentido me recordaba a mi madre. Él habría sabido mantenerla a raya y disfrutado con el desafío, lo mismo que ella. Tú no eres como Rennered, ni Amit Nohamapetan posee la brillantez que salva a su hermana.

—Es un tipo aburrido.

—Esa es una manera más concisa de describirlo.

—Pero acabas de decir que es políticamente ventajoso.

Batrin hizo un leve encogimiento de hombros.

—Así es, pero ¿qué más da? Pronto serás la emperox.

—Y entonces nadie podrá decirme qué tengo que hacer.

—Oh, no —dijo Batrin—. Todo el mundo te dirá qué tienes que hacer. Pero no siempre tendrás que escucharlos.

—¿Cuánto tiempo le queda? —le preguntó Cardenia a Qui Drinin durante la cena. Para ser más precisos, Cardenia estaba cenando sola en el comedor privado de sus dependencias, decorado con una suntuosidad que resultaba más ridícula que de mal gusto, en delicioso contraste con el resto de las habitaciones de sus dependencias. Drinin no comía, sino que permanecía de pie, esperando el momento de presentar su informe. Cardenia le había preguntado si quería cenar con ella, pero él había rechazado la oferta de un modo tan vehemente que se preguntó si se habría saltado sin querer algún mandamiento del protocolo imperial.

—Menos de un día, creo, señora —respondió Drinin—. Ya le falla el sistema renal, y aunque podemos sustituirlo clínicamente, ese sistema se ha adelantado a todos los demás. Los pulmones, el sistema respiratorio y todos los demás se encuentran en un estado crítico. Vuestro padre ya sabe que podrían tomarse medidas excepcionales, pero sólo conseguiríamos prolongar su vida unos pocos días más en el mejor de los casos. Y ha decidido que no se tome ningún tipo de medidas en ese sentido. En este momento sólo nos preocupa que se sienta cómodo.

—¿Conserva la lucidez? —preguntó Naffa. Ella tampoco comía.

Drinin asintió y se volvió de nuevo para dirigirse a Cardenia.

—No os hagáis ilusiones de que vaya a continuar así, señora, sobre todo porque las toxinas continúan acumulándose en su sangre. Aun a riesgo de parecer presuntuoso, si tenéis algo importante que decirle a vuestro padre, deberíais hablar con él cuanto antes.

—Gracias, doctor —dijo Cardenia.

—No hay de qué, señora. ¿Me permitís preguntaros cómo os encontraríais vos?

—¿Desde el punto de vista personal o médico?

—Desde ambos puntos de vista, señora. Sé que os instalaron la red hace un par de semanas. Quiero asegurarme de que no sufrís efectos secundarios.

Cardenia se llevó la mano a la nuca, donde le habían implantado la semilla de la red neural imperial para que se desarrollara por su cerebro a lo largo del siguiente mes.

—Tuve dolores de cabeza al cabo de una semana. Pero ahora me siento bien.

Drinin asintió.

—Perfecto. Los dolores de cabeza son algo habitual. Si experimentáis algún otro efecto secundario, comunicádmelo, naturalmente. A estas alturas ya debería de estar completamente implantado, pero nunca se sabe.

—Gracias, doctor.

—Señora. —Drinin inclinó la cabeza y se dispuso a marcharse.

—Doctor Drinin.

El médico se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Señora?

—Me gustaría que usted y su equipo siguieran al servicio del emperox después de que se produzca la transición.

Drinin sonrió e hizo una honda reverencia.

—Por supuesto, señora —dijo, y salió del comedor.

—Sabes que no tienes que pedirle a todos y cada uno de los miembros del personal imperial que se quede, ¿verdad? —le dijo Naffa cuando se quedaron a solas—. No te quedaría tiempo para hacer otra cosa durante tu primer mes como emperox.

Cardenia señaló en la dirección en la que se había marchado el médico.

—Ese hombre va a estar haciéndome exámenes médicos durante décadas. Creo que está bien pedirle personalmente que se quede.

—Miró a Naffa—. ¿Sabes?, me siento rara comiendo sola mientras tú estás ahí de pie con la tableta, esperando para hablarme.

—El personal no come con el emperox.

—Lo hace si el emperox se lo pide.

—¿Estás ordenándome que me siente a comer contigo esa cosa repugnante que tienes en el plato?



—No es repugnante. Es bullabesa de pez canela. Y no, no estoy ordenándotelo. Sólo te digo que, si te apetece, puedes sentarte a comer con tu amiga Cardenia.

—Gracias, Car.

—Lo último que necesito en este momento es que seas un miembro del personal las veinticuatro horas del día. Aún necesito amigos, amigos a los que no les importe quién soy. Tú fuiste la única niña en mi infancia que no dio importancia a que yo fuera princesa.

—Mis padres son republicanos —le recordó Naffa—. Si te hubiera tratado de forma distinta por ser tu padre quien es, me habrían repudiado. Todavía están un poco escandalizados porque ahora trabajo para ti.

—Eso me recuerda que cuando me convierta en emperox podré concederte un título nobiliario.

—Ni se te ocurra, Car —replicó Naffa—. No podría volver a casa por vacaciones.

—El de baronesa te iría como anillo al dedo.

—Como no pares, voy a tirarte esa sopa de pescado por la cabeza —le advirtió Naffa.

Cardenia sonrió.

—He visto el vídeo que has grabado —dijo Batrin cuando volvió a despertarse. Cardenia se dio cuenta de que Drinin había acertado en su diagnóstico: su padre parecía confuso y comenzaba a divagar—. Ese es el que hablas sobre mí.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Cardenia.

—Me ha gustado. Lo ha escrito el comité, ¿verdad?

—No. —El comité ejecutivo no cejó en sus protestas contra el discurso reescrito por Naffa hasta que Cardenia los amenazó con no leer ninguno si no era ese. Se había regodeado en su primera victoria sobre el tripartito de fuerzas políticas que representaba el contrapeso del emperox. Sabía que no obtendría muchas más cuando subiera al poder.

—Bien —repuso Batrin—. Debes ser la emperox que tú quieras ser, hija mía. No la que quieran los demás.

—Lo recordaré.

—Más te vale. —Batrin cerró los ojos un momento y dio la impresión de que volvía a quedarse dormido. Pero los abrió de nuevo y miró a Cardenia—. ¿Ya has elegido tu nombre imperial?

—Había pensado conservar el mío —respondió Cardenia.

—¿Cómo? No, eso no puede ser —dijo Batrin—. Tu nombre está reservado para tu vida privada. Para los amigos, los cónyuges, los hijos y los amantes. Tienes que tener un nombre para tu vida privada. No se lo regales al imperio.

—¿Con cuál de tus nombres te llamaba mi madre?

—Ella me llamaba sobre todo Batrin. ¿Cómo está, por cierto?

—Bien. —Ya hacía tres años que Hannah Patrick había aceptado el puesto de rectora en el Instituto de Tecnología Guelph, que se encontraba a diez semanas de viaje por el Flujo de Central. Era probable que ya le hubieran llegado noticias del empeoramiento de la salud del emperox. No se enteraría de que su hija se había convertido en la nueva emperox hasta bastante tiempo después de que se consumara el hecho. Cardenia sabía que su madre albergaba sentimientos contradictorios acerca de su ascenso al trono.

—Se me pasó por la cabeza casarme con ella —dijo Batrin.

—Ya me lo habías dicho. —Cardenia conocía una historia muy distinta por boca de su madre, pero no era el momento de desenterrarla.

El emperox asintió y cambió de tema.

—¿Puedo sugerirte un nombre imperial?

—Sí, por favor.

—Grayland.

Cardenia frunció el ceño.

—Nunca había oído ese nombre.

—Cuando muera, búscalo. Ya me contarás qué te ha parecido la próxima vez que nos veamos.

—Lo haré.

—Bien, bien. Serás una buena emperox, Cardenia.

—Gracias.

—No te queda más remedio. Al fin y al cabo, el imperio necesitará que lo seas.

Cardenia no supo qué decir, así que simplemente asintió con la cabeza y sepultó la mano debajo de la de su padre. A Batrin pareció sorprenderle el gesto, pero entonces sonrió y la apretó suavemente.

—Creo que ahora voy a dormir —dijo—. Dormiré y tú serás emperox. ¿Te parece bien?

—Me parece bien —respondió Cardenia.

—De acuerdo. Bien. —Batrin apretó la mano de Cardenia de una manera tan débil que esta apenas lo notó—. Adiós, Cardenia, hija mía. Lamento no haber vivido más tiempo para quererte mejor.

—No pasa nada —lo consoló Cardenia.

Batrin sonrió.

—Pásate a verme.

—Lo haré.

—Bien —dijo Batrin, y luego se quedó dormido.

Cardenia se quedó sentada al lado de su padre en espera de ser coronada emperox.

La espera fue breve.